Cuatro penas traigo conmigo

Cuatro penas traigo conmigo,
cuatro penas y nada más.

La primera me la impuso mi madre,
cuando delante del cura negó
desesperada tres veces mi nombre.
El sacerdote asombrado dudó,
no estaba seguro si bautizarme
o darme, por piedad, la extremaunción.

Mi más tierna infancia la pasé atado,
en un catre, de inmundicias, infecto.
Encerrado en un cuarto sin ventanas,
no tuve ningún amigo ni juegos,
solo un triste soldadito de plomo
que mi madre implacable tiró al fuego.

Cuatro penas traigo conmigo,
cuatro penas y nada más.

La segunda pena cayó del cielo
como a quien dos veces un rayo alcanza.
El puño de mi padre dibujó
la señal de la cruz sobre mi cara
(fue la única vez que lo vi feliz),
y escupiendo al suelo, me echó de casa.

Meses, años pasé en las duras calles,
rogando para comer y pidiendo
a Dios por misericordia un milagro.
De mil golpes y de arañazos lleno,
fueron días de llanto y dolor.
Al final me vi encadenado y preso.

Cuatro penas traigo conmigo,
cuatro penas y nada más.

La siguiente me rompió el mismo pecho.
Sangrando de una herida abierta quedé,
cuando unos labios de dulce rocío
de la única, de la que más amé,
me susurraron cerca del oído:
—Amor, soy para ti mucha mujer.

Por ella habría dado hasta mi vida,
pero mi humilde hacienda perdí,
el poco dinero que acumulé,
el dudoso honor que logré reunir.
Huyó con quien tenía por mi hermano,
mientras decía: —es mejor así.

Cuatro penas traigo conmigo,
cuatro penas y nada más.

Pero la última sin lugar a dudas
es la que consiguió quebrarme el alma,
cuando mi amado hijo me abandonó,
sin dejar una nota, sin palabras,
dejando a este débil y triste viejo
sin compañía en sus horas más bajas.

¿Quién cuidará ahora de mis achaques
y me velará en mis últimos años?
Cuando llegue el momento de partir,
¿quién sujetará tiernamente mis manos
y acariciará con amor mi frente?
¿Quién me recordará que fueron cuatro?

Y nada más…